

Las tres primeras peticiones del Padrenuestro Un paso adelante

I. CONTEXTOS: ayer y hoy

Siglo XVI

Siglo XXI

Teresa y *Camino de perfección* en ambos contextos

II. ¿QUÉ ES SER CRISTIANO?

Conocer el amor de Dios

Entrar (vivir) en el reino

Conclusión

III. ¿CÓMO SER CRISTIANO?

Orar

La oración de quietud, la contemplación

La puerta: el amor

Algunos consejos. La soledad

IV. UN CRISTIANISMO CONTEMPLATIVO

Atención y humildad

Amor y libertad

Confianza y gratuidad

CONCLUSIÓN

Los capítulos 30, 31 y 32 de *Camino de perfección* comentan las tres primeras peticiones del Padrenuestro: *Santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino. Hágase tu voluntad en la tierra como se hace en el cielo.* Hay en ellas una invitación para todos nosotros: dar un paso adelante. Un paso en la vivencia cristiana. Un paso de intimidad y compromiso, un paso adelante en la amistad con Dios.

Al acercarnos a los escritos de Teresa encontramos luz, palabras que encienden, que animan y dan fuerza y, sobre todo, la compañía de una maestra. Nos acercarnos desde la fe, la mucha o poca que tengamos; puede que nuestra fe sea muy grande o que pertenezcamos a ese grupo de seguidores que tuvieron que decirle a Jesús «aumentanos la fe», pero se puede hacer desde la otra ladera también. Porque, lo que decía un poeta español de Juan de la Cruz, se puede aplicar a Teresa: «si un ateo lee a Teresa, aunque no crea en la mística, sí creerá en el ser humano que se apoya en ella»¹. Es decir, hay para todos una palabra humana sincera y creíble, capaz de generar algo positivo en cualquiera que se acerque.

[Siempre que nos acercamos a los místicos, a los maestros espirituales, al menos a los dos que mejor conozco yo, que son Teresa y Juan de la Cruz, sucede lo mismo: la vida se ilumina y descubrimos nuevas posibilidades para caminar.]

I. CONTEXTOS: ayer y hoy

Antes de entrar de lleno en los tres capítulos en los que vamos a profundizar, puede ser bueno poner un poco de contexto. Es posible que se haya hecho en los encuentros anteriores al mío, pero es positivo insistir en algunas cosas que creo esenciales para comprender el pensamiento de Teresa de Jesús y, sobre todo, para percibir que sus palabras tienen mucho que decirnos todavía hoy, que pueden aportar mucha luz para vivir mejor que es, en el fondo, lo que todos deseamos, vivir y vivir de verdad.

Siglo XVI

Teresa empieza en el capítulo 27 de *Camino* a comentar el Padrenuestro. Quizás es un recurso por su parte, pero es a la vez un atrevimiento. Un recurso porque se apoya en la mejor tradición para hablar de oración. Son las palabras de Jesús en el evangelio, no podría haber texto más «autorizado», y muchos maestros las habían comentado ya. Y un atrevimiento porque, con los aires que corrían en el siglo XVI, el simple hecho de que una mujer se pusiera a escribir para otros era ya casi una temeridad; hacerlo sobre temas *espirituales* (y de la Sagrada Escritura) resultaba una auténtica osadía.

Hay que recordar que en 1559, pocos años antes de que Teresa se pusiera a escribir este librito, se había publicado el Índice de libros prohibidos de Valdés [en el cual se prohibía la lectura de la mayor parte de los libros sobre espiritualidad y, por supuesto, de la Biblia]. Este índice era una medida práctica de la Inquisición con

¹ Citado en *La lengua en pedazos*, J. Mayorga, en *Religión y laicismo hoy. En torno a Teresa de Ávila*, Anthropos 2010, 111

respecto a la contemplación y la oración mental; ambas eran peligrosas, por tanto también lo eran los libros que trataban sobre ello.

Cuando al poco de morir Teresa, por fin se publique este *librico pequeño*, como lo llamaba ella, verá la luz con un capítulo menos, precisamente uno de los que hoy vamos a ver, el capítulo dedicado a la oración de quietud-contemplación. Hablar de contemplación era peligroso. La Inquisición, en este caso la de Portugal, no deja pasar este capítulo. Son los tiempos de los alumbrados, de la escisión protestante, del posconcilio de Trento y de una Inquisición convencida de que debía ser la guardiana de la ortodoxia, costase lo que costase.[Y aquí podemos prescindir de la pregunta de si los alumbrados fueron un motivo verdadero para eso, o fueron una excusa cómoda: porque también en los alumbrados hubo –junto a desviaciones absurdas- tesoros de espiritualidad]

Siglo XXI

Para nosotros puede resultar ridícula e increíble una prohibición de tal tipo. Más allá de la cuestión histórica que da luz para entender el porqué de todo esto, me parece que para nosotros, hoy, cristianos del siglo XXI, puede ser importante recoger el dato de que la oración (la espiritualidad) tiene algo de aventurado y una palabra importante para todos.

Jesús dice «ya no os llamo siervos, a vosotros os llamo amigos». Por esto, creer en Dios, seguir a Jesús, es algo más que tener unos principios y compartirlos con un grupo de personas. Es algo más que una escala de valores, necesaria, como también los principios; algo más que una serie de convicciones y creencias. Y digo algo más porque conlleva todo eso, pero no es esencialmente eso. Creer es el resultado de un encuentro, del encuentro con Jesús. Creer es confiar y por tanto, es relación personal.

Por aquí va el tema de la oración y la espiritualidad. Se trata de una fe que responde a una llamada de amistad y no de servidumbre, de libertad y no de obligaciones, de responsabilidad y no de pasatiempo, de confianza y no de rigor.

Que esto puede «molestar», sobre todo en el sentido de quitar comodidad, inconsciencia y pereza, es indudable. Que hacia el interior de la Iglesia, ahora como en los siglos pasados, puede causar intranquilidad es comprensible porque la fe vivida así genera una libertad que suele conmovir lo demasiado establecido, eso que Teresa definía como un «irnos por la costumbre», como si repetir fórmulas y definiciones y hacer una serie de actos fuera suficiente para vivir como creyentes.

Además, una fe así se puede convertir en una instancia crítica para nuestra sociedad, capaz de proponer alternativas frente a lo que Mardones llamaba consumo de sensaciones, el robo de la reflexión que este produce y el reduccionismo humano en que desemboca². Una espiritualidad verdadera, al menos en el cristianismo, es una apuesta por el ser humano. Lo veremos siguiendo el pensamiento de Teresa, sencillamente con su forma de vivir la fe desde la sobriedad, la profundidad, la amplitud de miras y la fraternidad.

²Cf. J. M. Mardones, *La transformación de la religión*, PPC, 2005, 208-212

Teresa y *Camino de Perfección* en ambos contextos

(A quién)- Teresa escribe con conciencia de que no lo hace sólo para sus monjas. Aunque ha de poner la mayor sordina y hasta disimulo porque, como llega a poner al margen de su escrito uno de sus censores, «parece que reprende a los inquisidores» y también porque, como diría un teólogo de la época cuando Teresa ya había muerto: no está bien que una mujer enseñe porque «no le es dado este oficio, sino deprender con silencio».

El motivo por el que recalco esto es porque *Camino de Perfección* está escrito para una comunidad naciente que no es sólo la primera comunidad de Descalzas, es una comunidad más amplia, ya en aquel entonces. Una comunidad de «buenos cristianos», decía Teresa, una comunidad sin fronteras de amigos verdaderos de Cristo, de auténticos cristianos que quieren ser fermento en la masa allí donde viven y trabajan. *Camino* está escrito para nosotros también.

(Para qué)- Las primeras peticiones del Padre nuestro, *santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad*, son un camino para recuperar o profundizar en nuestra identidad de seguidores de Jesús. Y esto porque desde la confianza que nos permite llamar a Dios, Padre, como Jesús, se entra en el camino del reino y del seguimiento.

Sólo desde Jesús se es cristiano. La relación viva con él es lo que puede dar presente y futuro a nuestro cristianismo. La referencia a Jesús en la propia vida, actuar su amor y compasión en el mundo como forma de liberación. Y así es como entramos en la relación que Jesús propone cuando dice: «os llamo amigos».

De eso habla Teresa cuando se refiere a la oración de quietud y a la contemplación. En algunos momentos se detiene a explicar la contemplación como *forma* de oración, para ayudar a quienes están viviendo esa forma, con los acentos psicológicos que contiene, pero se centra sobre todo en explicar qué es ese «tratar de tanta amistad» (32, 12) y qué es «esta libertad» (19, 4) que define la contemplación. Para eso escribe.

(Sobre qué)- El tema central de *Camino* es la oración. Teresa nunca plantea la oración como una cuestión de *hacer oración*, sino como una cuestión de relación. Habla a menudo de las formas de la oración, de cómo vivir los momentos de oración pero no pone sobre ello el acento.

Orar es vivir en amistad y la vida no lleva un contador acoplado, eso lo tenemos todos experimentado. La vida no funciona con preceptos externos, nadie se enamora por prescripción ni es bueno porque se lo ponga el horario de tareas. Pero sí tenemos un termómetro íntimo, un lugar en la intimidad de cada uno que nos dice si realmente estamos viviendo en amistad, si vamos dejando un rastro de amor al vivir.

En una carta a su hermano Lorenzo, Teresa le dice: «no piense que cuando tuviera mucho tiempo tuviera más oración... [el tiempo empleado en mirar por la hacienda de

sus hijos, no quita la oración] En un momento da Dios más, hartas veces, que con mucho tiempo; que nose miden sus obras por los tiempos» (2.I.77), mientras dice a otro amigo que procure tiempo para sí, para orar, porque es indispensable (16.I.78). No hay una receta para vivir. En cambio, hay algo fundamental y en ello insiste Teresa aquí en *Camino*: la relación. Sin comunicación, sin trato se pierde la amistad (26, 9).

Si queremos vivir en amistad, si queremos orar; si deseamos ser amigos de Dios y descubrir su presencia y su compañía, si queremos dejar el rastro que dejó Jesús, un rastro de amor y bondad, no basta conocerle de oídas, es necesario tratar con él. Este es el tema de *Camino*.

A la luz de todo esto, podemos ver estos tres capítulos en tres puntos: qué es ser cristiano, cómo serlo y el cristianismo contemplativo que alumbra la experiencia teresiana.

II. ¿QUÉ ES SER CRISTIANO?

[Lo que hace Teresa es volver a las raíces cristianas, sencillamente. Si algo caracteriza a los místicos es la sencillez y la esencialidad, la capacidad de simplificar las cosas más profundas.] En dos cosas va a insistir para volver a las raíces de nuestro ser cristiano: conocer el amor de Dios y entrar en su reino.

Conocer el amor de Dios

Con la primera carta de Juan podemos decir que ser cristiano es haber conocido el amor de Dios, haber descubierto que Dios es amor, y creer en él.

Básicamente, eso propone Teresa cuando habla de oración: conocer a Dios, conocer su amor. En estos capítulos, comentando «santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino», dice «muy de otra manera le amaríamos... si le conociéramos» (30, 5), si conociéramos el amor que nos tiene. Es lo que ya decía en el *Libro de la vida*, «si no conocemos que recibimos, no despertamos a amar» (10, 4). Sólo conociendo el amor, empezamos a vivir para el amor.

Introduciendo esta idea, unos capítulos antes Teresa ya había dicho muy claramente: «cuando digo Credo, razón me parece será que entienda y sepa lo que creo; y cuando Padrenuestro, amor será entender quién es este Padre nuestro y quién es el maestro que nos enseñó esta oración» (24, 2)

Repetirá hasta la saciedad en estos capítulos que para conocerle, todo se resume en un estar con él y descubrir que él está con nosotros. Descubrir la misteriosa proximidad de Dios. Se trata de comprender que podemos vivir unidos a él porque nos regala su presencia, una presencia que «no la podemos procurar nosotros por diligencias que hagamos» y de la que, sin embargo, no se puede dudar[«entiende el alma... que ya está junto cabe su Dios» (31, 2)].

Entrar (vivir) en el reino

Nosotros hemos conocido el amor de Dios a través de Jesús. Y él es quien nos ha anunciado el Reino de Dios. De modo que creer en Dios, creer en su amor, es a la vez seguir a Jesús entrando en el Reino.

Teresa escribe unos puntos en el capítulo 30 que merecen una lectura lenta para dejar salir de ellos la luz cristiana que contienen. Como no tenemos mucho tiempo, nos vamos a contentar con sacar las ideas esenciales.

Dando un rodeo de palabras, Teresa dice lo que san Pablo escribió en la carta a los Romanos, que el reinado de Dios «consiste en la justicia y la paz y el gozo del Espíritu Santo» (14, 17). Podemos traducirlo diciendo que el reino de Dios es sencillamente la voluntad amorosa de Dios en la tierra y esa voluntad la descubrimos mirando a Jesús. La voluntad de Dios es sólo amor y el reino es vivir en el amor.

Teresa da en el clavo, en el centro, cuando dice que el reino es pura gratuidad. Cuando explica que nosotros recibimos el reino para poder vivirlo. Me parece que es lo más importante y lo único que puede, a la larga, mantener viva nuestra fe, mantenernos como cristianos. El reino, es decir, la justicia, la paz y el gozo del Espíritu, es un regalo ofrecido, a nosotros nos toca acogerlo.

Comentando esta petición *–venga a nosotros tu reino–* después de pisar tierra fuerte diciendo que ya se sabe que no somos ángeles, dice: «a buen seguro que (Dios) no nos dice que pidamos cosas imposibles» (30, 6), es posible vivir el reino. Por eso añade que hemos de «hacer cuanto pudiéremos para contentar a quien nos lo ha de dar», es decir, hemos de congeniar con Dios para que sea posible este reino en nuestra tierra. Inclinaros hacia donde él se inclina, trabajar por la paz, la justicia y el gozo para todos, como decía san Pablo, porque el reino que recibimos no se hace en esta tierra sin nosotros, aunque no dependa de nosotros.

Recibimos el reino para vivir como hijos de Dios y seguidores de Jesús; eso significa alabar y santificar a Dios: vivir como tales. Y sólo porque en Jesús la tierra ha recibido la semilla del reino, podemos nosotros hacer la voluntad de Dios.

Para resumir esto, casi basta recoger una frase que dice que el bien del reino es «un alegrarse que se alegren todos» (30, 5), es decir, es la alegría compartida, es el procurar que todos vivan pudiendo ser felices. Hoy casi bastaría decir que todos vivan con dignidad humana, procurar para todos la vida. En definitiva, entrar en el reino es vivir para los demás, es vivir la voluntad de amor que Dios tiene para todos, procurando que esa voluntad se haga realidad.

Conclusión

Así pues, en estos capítulos en que Teresa, comentando el Padrenuestro, habla de la oración de quietud [que fácilmente nos haría pensar que ha levantado los pies y se empieza a alejar de la tierra], está intentando transmitir algo esencial: ser cristiano es descubrir a Dios como amor que se comunica y quiere relacionarse con nosotros. En

todos los lugares donde Teresa trata de la oración de quietud, en *Vida, Moradas, Conceptos del amor de Dios, Exclamaciones* y, por supuesto, *Camino*, aparece como algo característico la comunicación personal de Dios. Una comunicación que, como casi todo en nuestra vida, es progresiva y pide nuestra participación. Sin ella, dejamos a Dios con la palabra en la boca.

Ser cristiano pues, será «entender estas verdades», que es como Teresa define la oración, y lo digo con sus palabras: entender quién es Dios, que es «quien tanto nos ama» (34, 11) y es «tan amigo de amigos» (35, 2) y entender cómo haremos para ser sus amigos y entrar en el reino: «estudiar cómo haré mi condición que conforme con la suya» (22, 7).

III. ¿CÓMO SER CRISTIANO?

Orar

Para ser cristiano basta orar. Nosotros, cuando hablamos de oración, casi inmediatamente pensamos en estar quietos y silenciosos, en separarnos un poco de todo. No dice eso quien ha sido hecha doctora en la Iglesia por ser maestra de oración. Por supuesto, hablará del silencio y la soledad, pero no dirá que orar sea eso. Para Teresa, orar es siempre una cuestión de vida, como deja muy claro también en estos capítulos.

Incluso cuando escribe su preciosa y conocida definición de oración en el *Libro de la Vida*: orar es tratar de amistad, tratando muchas veces a solas con quien sabemos nos ama, Teresa no está diciendo: estate quieto y retirado de todo pensando solo en Dios. Está diciendo: une tu corazón y tu vida a aquel que te ama, síguelo y búscalo en todas partes. Sé buen amigo del mejor amigo, acompáñale. Y todo esto, desde el lugar donde vives, en tu trabajo, en tus relaciones, en tu vida entera, sea como sea ésta. Ahí mismo, da paso a Dios.

Por eso quiero insistir en que los místicos, en este caso Teresa, no añaden un adorno a la vida, no invitan a ponernos un capisayo, un añadido. Lo que los místicos nos aportan es una nueva luz y comprensión para vivir, una profundidad que ofrece más sentido. Se puede vivir sin esto, como sin fe, pero eso no lo convierte en algo superfluo. Lo que Teresa dice que regala la oración es otra claridad, una paz sorprendente y la experiencia de que se doblan las fuerzas para caminar (Cf 31,2).

Enlazando con lo que hemos visto en el apartado anterior, no es posible orar sin entrar en el reino. Porque no es posible la relación con Dios fuera de su voluntad ni separados de Jesús que es quien nos ha mostrado el rostro del Padre. Por eso basta orar, basta acoger el reino al descubrir el amor de Dios en Jesús y dejarle crecer.

La oración de quietud, la contemplación

Cuando está acabando el capítulo 30, dice: «venía aquí bien en esta petición hablar un poco de principio de pura contemplación, que los que la tienen la llaman

oración de quietud» (30, 7). Teresa ya había anunciado en el título del capítulo que iba a hablar de contemplación. Entramos en ello.

(Definición)- Sorprendentemente, lo que define la contemplación, esta quietud teresiana, es un movimiento, una acción: darse. Por dos veces dice Teresa en *Camino* «esto es contemplación perfecta» y en sus definiciones aparecen dos personas en un mismo movimiento: Dios que se da, que se vuelca en nosotros, «da como quien es» (25, 2), «es el que lo hace todo» (ib., 3), «nunca se cansa de dar» (32, 12) y junto a eso, nosotros y lo que hemos de hacer: «darnos del todo... poner nuestra voluntad en la suya» (32, 9), «démosle ya de una vez la joya (nuestra voluntad) del todo» (32, 8).

En estos capítulos lo que Teresa intenta explicar es que Dios, su presencia en nuestra vida, es una presencia activa que nos activa a nosotros. Dios no es un aquietador, por más que la paz que nos ofrece no se apaga ni desaparece aunque, como dice, «toda la mar de tentaciones venga». La quietud teresiana no es reposo, es movimiento hacia el centro, hacia lo profundo; es la experiencia de una actividad diferente, una actividad que nace del amor y que se desenvuelve en él. Es la vivencia de que hay una fuente que mana dentro de nosotros, de que podemos vivir cada vez más cerca de ella y de que esa fuente va creando en nosotros una corriente de amor en acción cada vez más poderosa.

(Dios)- Teresa dice también que la contemplación es algo «sobrenatural». Esto quiere decir algo muy sencillo. El paso adelante que estamos dando es el inicio de una nueva experiencia, la de que es Dios el obrero, y quien siempre hace más que nosotros; Dios es quien va por delante dando. Siempre es así, lo novedoso es darse cuenta y dejarle hacer conscientemente. Dar paso a Dios. Esto no siempre es sencillo, porque sentir que irrumpe en nuestra vida a menudo nos desbarata. Quizás porque sentimos algo de vértigo al asomarnos al océano de la gratuidad. Sabemos que es un mar sin fondo.

(Nosotros)- Teresa sabe que somos frágiles: «somos francos (generosos) de presto, y después tan escasos» (32, 8). Nos recuerda que no se hace todo de golpe, que en la contemplación se entra poco a poco. Dios no nos necesita perfectos y además, «sabe lo que cada uno puede sufrir» (32, 5). Por eso dirá: «No digo que todos los que la tuvieren (la contemplación), por fuerza estén desasidos del todo del mundo; al menos querría que entiendan lo que les falta y se humillen y procuren irse desasiendo del todo» (31, 11).

El texto habla de tomar conciencia con sinceridad del punto en el que estamos, de cómo vivimos, para «entender lo que falta»; habla de humildad, es decir, de sencillez y verdad, y de ir poco a poco. Saber que podemos ir poco a poco es esperanzador. Saber que no perdemos la partida en una mano ni en una jugada y tener, sin embargo, conciencia de que cada pequeño paso es importante.

Si la contemplación es esto, se comprende que el lugar para vivirla es la propia vida. A cualquier edad, cualquiera que sea nuestra situación personal, profesión, con

cualquier temperamento, en cualquier ocasión podemos intuir la obra de Dios en nosotros, sentir que el Dios que se nos ha acercado en Jesús, nos busca y se alegra de nuestra compañía.[Así hasta descubrir que invita a la mayor comunión.]

La puerta: el amor

La puerta de la contemplación es el amor. Es darse cuenta de que Dios está con nosotros amándonos, y así dice: «comienza el Señor a dar a entender que nos oye... comienza ya a darnos su reino» (31,1). Quiere decir que empezamos a darnos cuenta de que Dios siempre nos atiende, de que nos está dando su amor. Aquí crece la intimidad, «está tan cerca que ven que se entienden por señas» (31, 3), [«quiere el Señor que, sin pensarlo, entienda que está con él» (31, 9)]. Es, en el fondo, descubrir que Dios actúa en nosotros amándonos, infundiéndonos amor, y despertando el amor que hay en nosotros.

Y Teresa enlaza inmediatamente el amor con Jesús, con el «buen Maestro» que enseña cómo y en qué amar. Enseguida nos recuerda que la voluntad de amor del Padre se cumple en Jesús y nos avisa de que si queremos contemplar cristianamente, no hemos de buscar otro camino que el que ha seguido Jesús. Y concluye diciendo que a Dios nos unimos sólo por amor y que ese amor lo traducimos en el seguimiento, «tengo yo para mí que la medida del poder llevar gran cruz o pequeña es la del amor.» (32, 7).

La puerta del amor es una puerta giratoria, valga la expresión. Ya en el capítulo 19, hablando de la oración contemplativa, dice con fuerza que el amor crece imparable y busca salir de sí, «si pudiese, abrasaría todo el mundo» (19, 5). Aquí dice sencillamente que conforme crece el amor a Dios, crece el empeño de que todos puedan participar de él (cf. 31, 1).

También avisa Teresa de que hay puertas falsas. Son el miedo y la superficialidad. El miedo nos detiene y bloquea, sólo la confianza nos permite decir «cúmplase, Señor, en mí vuestra voluntad» (32, 10). Y la superficialidad es, quizás, la tentación que más a menudo nos acompaña. Teresa advierte que no digamos «palabras de cumplimiento», que no oremos diciendo *hágase* «por decir lo que todos, mas no para hacerlo» (32, 3). Al revés, hemos de ir «diciendo y haciendo, palabras y obras» (32, 8), así lo dice.

La sinceridad, la honradez personal y una determinación clara de vivir de cara al amor es lo que nos ayuda a no cruzar estas puertas falsas. Además, Teresa anima diciendo que cuanto más avanzamos por aquí, más crece la amistad con Dios y la alegría. Dice: «y mientras más se va entendiendo por las obras que no son palabras de cumplimiento, más, más nos llega el Señor a sí y... comienza a regalarse con ella, a descubrirle secretos... comienza a tratar de tanta amistad...» (32, 12) que –dirá– Dios hace lo que nosotros mandamos. A este punto llega el amor y humildad de Dios cuando vamos a él con amor.

Hay también debajo del texto teresiano una fuerte crítica a la palabrería, a la frivolidad, a un cristianismo de apariencia o de conveniencia y a los ritos vacíos. Y una

invitación llena de esperanza para todos porque, como dice en otro lugar, «todos somos hábiles para amar» (F 5, 2), por tanto, todos podemos cruzar esta puerta.

Algunos consejos. La soledad

Si orar es vivir en amistad y no hay oración fuera de la vida, se comprende que también es necesario estar con el Amigo a solas, dedicar tiempo a la oración. Ya dije antes que a Dios no basta conocerle de oídas, a no ser que queramos que sea el convidado de piedra en nuestras vidas.

Teresa da algunos consejos, «avisos» los llama, para la oración contemplativa. Consejos que van, de todos modos, más allá de momentos puntuales; son consejos de vida, para vivir en mejor amistad con Dios y con los demás.

- Pide el abandono confiado. Dejar a Dios manifestarse como es y como quiere hacerlo. Dios no es manipulable y la amistad no se provoca sino que se acoge. Forzar una intimidad es romperla. Por eso, hablando de la experiencia de amor y alegría, dice: «es bobería, que así como no podemos hacer que amanezca, tampoco podemos que deje de anochecer» (31, 6). Nosotros no ponemos en marcha el amor y la comunicación de Dios, tampoco lo detenemos. Afortunadamente.

- Recuerda que no hemos de preocuparnos si en los ratos de oración tenemos el pensamiento «remontado», es decir, si además de no poder meditar, ni siquiera podemos dejar de pensar en mil cosas. Y aconseja, sobre todo, la máxima sencillez, «una palabra de rato en rato, suave, como quien da un soplo en la vela» (31, 7). Nos hace recordar el consejo de Jesús: «al orar, no os perdáis en palabras [no seáis palabrereros] como hacen los gentiles» (Mt 6, 7). Mantener el fuego de este hogar con suavidad, eso sugiere Teresa.

- Y además dice: «bien es procurar más soledad para dar lugar al Señor y dejar a Su Majestad que obre» (31, 7). Sobre la soledad quiero decir una palabra, como necesidad y riqueza para nosotros.

Por un lado, Teresa (lo mismo que Juan de la Cruz) habla de un Dios enamorado de los hombres y mujeres que vamos por estos caminos de tierra y nos recuerda que Dios quiere seducirnos y llevarnos al desierto para hablarnos al corazón, como escribe el profeta Oseas en uno de los poemas más bellos del A. T. (cf. Os 2, 16).

Por otro, ella misma no ata la oración a la soledad, ni a un tiempo ni a un lugar. La soledad es «para dar lugar al Señor», para encontrarse con él. La soledad es para la presencia. Por eso dirá también que podemos «en las mismas ocupaciones retirarnos a nosotros mismos... En fin, irnos acostumbrando a gustar de que no es menester dar voces para hablarle» (29, 5). En la vida hay muchos desiertos y no hay circunstancia que impida la oración, que impida conectar con nuestro interior y encontrar a Dios. Es nuestra riqueza, no estamos «huecos en lo interior» (28, 10).

Además de una riqueza –que no lujo– la soledad también es necesidad. Ortega y Gasset decía que la soledad hace en nosotros el trabajo de un forjador, como un herrero

trascendente que trabaja en nosotros³. En la soledad podemos ir tomando consistencia, podemos ir dando profundidad a nuestras ideas y sentimientos. Podemos dar hondura a nuestras relaciones.

En la contemplación se descubre una soledad habitada; ahí se va unificando nuestro ser, se van reuniendo las fuerzas personales y despertando los mejores resortes. Se descubre un silencio que expresa más de lo que alcanzarían muchas palabras juntas. Se apagan ruidos, externos e interiores, y se pone en marcha una armonía nueva.

Añado, aunque no hay tiempo para detenernos, que Teresa remite constantemente a Jesús, al Maestro de quien aprende a orar. Jesús oró y oró en soledad. No oró para enseñarnos, al menos no solo, ni para tomar fuerzas para su misión, aunque las necesitaba, oró porque era Hijo y esa relación era el centro de su existencia, necesitaba orar, sencillamente, encontrarse larga y silenciosamente con su Padre.

[«Pues, Padre Eterno, ¿qué hemos de hacer sino acudir a Vos» (39, 6). Así reza Teresa y así podemos pasar a hablar del cristianismo contemplativo.]

III. UN CRISTIANISMO CONTEMPLATIVO.

Hablar de un cristianismo contemplativo es, en realidad, una redundancia. Como también lo es hablar de un cristianismo comprometido. No hay un cristianismo que no sea contemplativo y comprometido si es tal. Lo que sí hay son unos cristianos que necesitamos seguir avanzando y madurando, que necesitamos ahondar en algunos aspectos de nuestra fe.

Cuando Teresa habla de la oración contemplativa, comentando estas peticiones del Padre nuestro, rescata o reaviva aquello que Lucas llama «la única cosa necesaria» para ser cristiano y que es vivir en Cristo Jesús.

Desde Jesús, Teresa propone un camino de vuelta para ir más hacia delante. Ese camino de vuelta es la oración contemplativa de que habla en estas peticiones. Un camino de amistad que está hecho de atención y humildad, de amor y libertad, y de confianza y gratuidad. Eso es lo que caracteriza la contemplación y lo que nos puede ayudar a vivir contemplativamente en el mundo. Valdría decir, vivir mejor, más felices, más amigables con todo el mundo, más generosos, más abiertos, más agradecidos.

Atención y humildad

Cuando inicia el capítulo 30, Teresa retoma una idea muy suya, que considera capital y dice: «¿Quién hay, por disparatado que sea, que cuando pide a una persona grave no lleva pensado cómo le pedir, para contentarle y no serle desabrido y qué le ha de pedir, y para qué ha menester lo que le ha de dar?».

³ Cf. *El espectador. La socialización del hombre*, J. Ortega y Gasset, Edaf, Madrid 1998, 151

Lo que está recogiendo aquí es lo que ha dicho en capítulos anteriores al explicar qué es orar. Orar es «entender estas verdades» (22, 8), la verdad de quién es Dios y quién soy yo. Por eso, para dar este paso adelante, para entrar en la contemplación, recoge esta idea, porque no quiere pisar sobre falso. Nada se puede construir, no se avanza en una relación, si las personas no se conocen y se encuentran desde su verdad.

Por eso pide Teresa atención. Un darse cuenta del otro, que siempre será otro con mayúscula y con minúscula, porque no van separados. Se trata de educar esta sensibilidad para descubrir al otro, para comprender quién es realmente, para percibir su ser. La atención es una condición indispensable para ir a lo hondo del espíritu.

Sin duda se ve fácilmente las implicaciones que esta actitud profunda tiene y sus consecuencias. Esta sensibilidad, esta apertura, nos compromete viva y concretamente allá donde cada uno vivimos, con las personas que nos rodean.

Si he apuntado aquí la humildad, aunque la tengamos que ver de pasada, es porque para Teresa es indispensable, irremplazable. Si la humildad es «andar en verdad», sin ella no se puede «entender estas verdades», sin ella es imposible orar. Sin humildad nuestra capacidad de relación queda bloqueada.

Y esto no es algo accidental porque lo que nos hace ser es ser en relación, con los demás y con Dios, como creyentes que somos. Nosotros somos fruto de la relación, incluso biológicamente, y somos creadores de relación. Quizás en nada como en esto se descubre que somos «imagen y semejanza» porque Dios es relación, amor en relación.

Para lo que ahora pretendemos, me interesa señalar que la humildad, como actitud profunda, es la que nos permite atender, percibir, darnos cuenta, hacernos cargo... no pasar de largo en la vida, no vivir por encima, no ir de pasada. Esta actitud que nos quita capas, como si fuéramos cebollas, es la que permite entrar en el camino de la relación con esa valentía y disponibilidad que Teresa llama «determinada determinación».

La humildad de la que Teresa habla es como un pequeño foco de luz, permanente, con el que podemos contar siempre que queramos. Luz para descubrir que no nos bastamos, no somos suficiente para nosotros mismos y que si podemos dar algo a Dios y servir en algo a los demás es porque recibimos, y así dice Teresa: «¿qué podemos pagar los que, como digo, no tenemos qué dar si no lo recibimos, sino conocernos, y esto que podemos, que es dar nuestra voluntad, hacerlo cumplidamente?... sola humildad es la que puede algo, y ésta no adquirida por el entendimiento, sino con una clara verdad que comprende en un momento lo que en mucho tiempo no pudiera alcanzar trabajando la imaginación, de lo muy nonada que somos y lo muy mucho que es Dios» (32, 13)

Creo que cuando el cristianismo tiene en cuenta estas cosas más contemplativo, y genera unos creyentes más entrañables y comprometidos, una iglesia más desarmada y próxima, con una presencia capaz de poner un poco de luz en las oscuridades de nuestro

mundo. Por descontado, porque la experiencia íntima del creyente que avanza por aquí es la de sentir una paz profunda, pase lo que pase; un sentir las fuerzas renovadas, la alegría de la cercanía de Dios y la luz para comprender de una mejor manera la vida.

Con las palabras de Teresa en estos capítulos, apunto rápidamente esta experiencia íntima: «hay ratos que, de cansados de andar, los pone el Señor en un sosiego...» (30, 6), «es un ponerse el alma en paz, o ponerla el Señor con su presencia... allí se le doblan las fuerzas para caminar» (31, 2), «es un contento quieto y grande de la voluntad... diferentísimo de los contentos de acá» (31, 10), «una clara verdad que comprende en un momento lo que en mucho tiempo no pudiera alcanzar trabajando la imaginación» (32, 13). Y podríamos seguir, pero creo que es suficiente: Teresa insiste en la paz, el contento, la fuerza y la luz que regala Dios.

Amor y libertad

Hemos visto que el cristianismo es amor y libertad. Del amor ya hemos hablado, es lo que Dios es para nosotros y es su voluntad sobre nosotros y sobre el mundo entero. Y es por eso por lo que vivir el reino significa amor en acción, amor que se dilata y por otra parte, como también hemos visto, esa es la definición de la contemplación teresiana.

Al mismo tiempo, es llamativa la insistencia de Teresa en la libertad al hablar de contemplación. De hecho, define la contemplación como amor que nos hace libres para amar. Por ello, entiende que es mucho lo que está en juego en la polémica sobre la oración y concretamente sobre la contemplación. Está en juego que queden abiertos los caminos para vivir la fe con la frescura y la libertad de Jesús. Está en juego la confianza. Teresa insiste a lo largo de todo este librito: «ningún caso hagáis de los miedos que os pusieren» (21, 5), lo dice en muchas ocasiones.

Cuando empieza a hablar de la contemplación en el capítulo 19, utiliza la imagen del agua y explica que esta agua da a gustar y a entender —es decir, la contemplación ilumina la cabeza y el corazón, armoniza internamente— que el verdadero amor de Dios es liberador, y sentencia Teresa: «así no os espantaréis, hermanas, de lo mucho que he puesto en este libro para que procuréis esta libertad» (19, 4).

Ahora, en estos capítulos, insiste en lo mismo: «todo lo que os he avisado en este libro va dirigido a este punto de darnos del todo al Criador y poner nuestra voluntad en la suya y desasirnos de las criaturas... dar nuestra voluntad del todo... esto es contemplación perfecta» (32, 9). Esta gran libertad, este dar la voluntad del todo, este desasimiento del que habla Teresa, apunta a un ir liberando la atadura del egoísmo. Basta aplicarlo ahora al texto que he leído, cuando dice «desasirnos de las criaturas» está diciendo desasirnos de buscar nuestro provecho, nuestro interés en ellas, librarnos del exceso por lo propio buscando el beneficio del otro.

Como ya hemos visto en parte, si nosotros podemos acceder a esta libertad, si podemos vivir el amor de Dios en el mundo, si podemos entrar en el reino es, sencillamente, porque Jesús nos lo ha adelantado, lo ha puesto en nuestras manos

abriéndonos incondicionalmente la puerta para que entremos cada vez más adentro. Juan de la Cruz acuñó en una frase preciosa el pensamiento de Teresa: «la contemplación pura consiste en recibir».⁴

Un cristianismo que se entienda a sí mismo como tierra que ha acogido la semilla divina para dar fruto, que entiende que, como sentenció san Pablo, no tenemos nada que no hayamos recibido (cf. 1Co 4, 7), puede descubrir esta libertad teresiana, y antes evangélica, que nace del amor y a él conduce. Una libertad que nos descubre que no somos propietarios ni interinos, sino hijos.

Desde aquí podemos renacer como creyentes libres, y vivir la libertad de hijos de Dios, sin necesidad de defender una especie de estatus ni levantar cercos para defender lo que tenemos por pura gracia.

Confianza y gratuidad

Además de atención y humildad, de amor y libertad, un cristianismo contemplativo es un cristianismo del «hágase» de Jesús. Para vivir unido al Padre, Jesús hizo un camino de abandono total y de confianza. El hágase de la petición «venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad» continúa en las palabras de Jesús en Getsemaní: «No se haga mi voluntad, sino la tuya».

Esta petición entraña el deseo profundo de que se instaure en este mundo el reino de paz y de justicia y la aspiración de ser parte en ello, de colaborar. Como comenta un conocido exegeta de nuestro tiempo, este deseo es un grito desde lo más profundo del dolor y la miseria del mundo y a la vez, la expresión de una certeza absoluta. Quien reza así, toma con seriedad la promesa divina y se entrega en las manos de Dios plena y confiadamente⁵.

Los escritos de Teresa tienen una especie de estribillo que dice: «dejarse llevar, dejar hacer a Dios, dejarse en sus manos, rendirse». Porque Dios es quien «nunca se cansa de dar» (32, 12) ni de amar, es quien nos trata «con tanta amistad» y «no se descuida» de nosotros, por eso podemos fiarnos de él, y darle nuestra voluntad. Darle nuestro sí sin vuelta atrás, que no quiere decir sin tropiezos.

Y además, Teresa insiste en atender al Maestro. Conocer sus sentimientos y compartirlos es lo que enseña a rezar y a vivir contemplativamente. Jesús es quien hace posible que nosotros digamos: «hágase tu voluntad», quien hace posible que nosotros vivamos la voluntad de Dios. Desde aquí, inmediatamente, entramos en el terreno de la gratuidad y cambia todo radicalmente.

[Vuelvo a repetir aquí, porque Teresa lo hace, que este «paso adelante» en nuestra experiencia cristiana es entrar en el reino y que ese reino lo recibimos. No lo alcanzamos en una carrera de esfuerzo y premios, sino como dice Teresa al final de estos capítulos: «Os doy un aviso: que no penséis por fuerza vuestra ni diligencia llegar

⁴ Ll 3, 36. Recibir no es esperar pasivamente sino disponer todo y disponerse uno mismo para acoger.

⁵ Cf. J. Jeremías, *Abba, el mensaje central del NT, Sígueme, Salamanca 1999 (5ª)*, 229

aquí, que es por demás; antes si teníais devoción, quedaréis frías; sino con simplicidad y humildad, que es la que lo acaba todo, decir «fiatvoluntastua» (32,14), hágase tu voluntad.]

De la confianza en el amor nace la gratuidad. Y en la gratuidad crece el verdadero deseo de Dios, la necesidad de *estar muchas veces a solas con él* y la necesidad de «servir más a Dios» (39, 2).

La gratuidad es el lugar donde el servicio, nuestro empeño por hacer aquí el reino, se vuelve amor y libertad, se convierte en vida que mana de la fuente de dentro, sencillamente. No de golpe ni de una vez por todas, pero sí con una disponibilidad permanente, con «una grande y muy determinada determinación de no parar» (21, 2). Ahí se descuestran los programas y no funciona el ‘me das tanto, tanto te doy’, funciona lo de aquel Zaqueo que dijo que devolvería multiplicado por cuatro lo que había robado, sin que nadie se lo pidiera. Quizás por eso la santa se acuerda aquí del publicano que oraba esperando misericordia y no recompensas, y que se sentía agradecido (cf. 31, 6).

La gratuidad es la que lleva a Teresa a decir que la mayor riqueza que podemos tener es esa que ella traduce así: «quedar mientras más se sirve más adeudado». Y la que le lleva a explicar la oración contemplativa como un andar Marta y María juntas, el corazón está unido a Dios, mientras tiene las manos muy libres para servir (cf. 31, 4)

CONCLUSIÓN

En definitiva y para concluir, en los tres capítulos que hemos profundizado, Teresa enseña a rezar y a vivir contemplativamente, acogiendo y dando respuesta. Aprendiendo a vivir a través de los sentimientos de Jesús, mirando el mundo con sus ojos, creciendo en la libertad y en la fraternidad.

La contemplación es un paso adelante, un paso definitivo de confianza. Es la seguridad, la certeza que tiene un niño en los brazos de su madre, y así mismo lo describe Teresa aquí: «está el alma como un niño que aún mama cuando está a los pechos de su madre, y ella, sin que él paladee, échale la leche en la boca por regalarle... quiere el Señor que, sin pensarlo, entienda que está con él... y goce de aquella suavidad... descúidese entonces de sí, que quien está cabe ella no se descuidará de ver lo que le conviene» (31, 9).

Sin duda, un paso adelante en esta dirección es un don que Dios nos ofrece a todos. En el texto teresiano, el inicio contemplativo está enmarcado entre la oración de los bienaventurados en el cielo, y la oración de una pobre anciana que rezando el Padrenuestro «tenía pura contemplación» (30, 7). Me parece significativo para nosotros, para comprender lo que dice en otro lugar, que «Dios da de muchas maneras a beber a los que le quieren seguir, para que ninguno vaya desconsolado ni muera de sed» (20, 2). Que hay camino para todos, si queremos caminar, y que a nadie le está vedada la comunión más íntima y amorosa con Dios.

La experiencia contemplativa–recogida en las tres primeras peticiones del Padrenuestro–ofrece un camino donde el camino desaparece, cuando la fe no tiene arriero social, cuando para muchos la institución es una dificultad; también donde el camino se rompe, ante la realidad doliente del mundo y la desproporción que tiene la injusticia. Un camino donde este se desdibuja entre los dispendios humanos y espirituales en los que a veces encallamos. Es el camino de una experiencia de intimidad, compromiso y sobriedad que alumbra la manera de hacer Iglesia de Teresa de Jesús.

Una manera de hacer Iglesia porque Teresa nunca se plantea avanzar en solitario, piensa en un «castillito de buenos cristianos», en un grupo de compañeros, hermanos en la fe que se ayudan a crecer y así dice a lo largo de todo el libro que hemos de ayudarnos unos a otros y hemos de ayudar al Señor (cf. Prl. 3; 3, 2-3; 41, 4...).

Contemplar es volver a nuestras raíces, profundizar en nuestra identidad cristiana, con sus exigencias y sus frutos concretos, como hemos ido viendo. Por eso, podemos terminar orando con Teresa, pidiendo a Dios que logremos ser el fruto que él sueña que seamos cada uno de sus hijos, en el inmenso campo del mundo.

«Cúmplase, Señor, en mí vuestra voluntad de todos los modos y maneras que Vos, Señor mío, quisiereis; si queréis con trabajos, dadme esfuerzo y vengan; si con persecuciones y enfermedades y deshonoras y necesidades, aquí estoy, no volveré el rostro, Padre mío, ni es razón vuelva las espaldas. Pues vuestro Hijo dio en nombre de todos esta mi voluntad, no es razón falte por mi parte; sino que me hagáis Vos merced de darme vuestro reino para que yo lo pueda hacer, pues él me lo pidió, y disponed en mí como en cosa vuestra conforme a vuestra voluntad». (32, 10)